

## VII.

### LA LITERATURA DEL IMPERIO.

---

Hablar de Mecénas, de sus amigos y de su influencia inmediata, es formar el proceso de la literatura latina en el siglo de Augusto. No he temido enumeraros, señores, mis principales motivos de queja contra esa literatura, bajo el punto de vista moral y político. Nada he agregado acerca del peligro que presenta como alimento perpétuo de las jóvenes generaciones. Necesario es vo'ver á este asunto á fin de mostraros el remedio al lado del mal.

No tengo la pretension de haber inventado el remedio: hace mucho tiempo que ha sido propuesto. Consiste en la preeminencia que el griego debería tener sobre el latin en la enseñanza, y particularmente sobre la literatura latina del siglo de Augusto, que es la literatura clásica por excelencia.

La superioridad del griego sobre el latin, no necesita demostrarse: los mismos latinos la han confesado. Todos los escritores latinos están llenos de lo que deben á los griegos, y del sentimiento de su superioridad respecto de los que proclaman sus maestros, como para tener el derecho de plagiarlos sin cesar. Este hecho lo han reconocido aun en nuestros dias, los jueces mas ilustrados. M. Sainte-Beuve, en unos versos célebres dirigidos á M. Patin en 1837, defendia la causa de los griegos y la hacia triunfar de la de los latinos. Hoy M. Mommsen, á su vez, establece de una manera vivísima la preeminencia de los griegos, y el año pasado, en el colegio de Francia, el valiente profesor de literatura latina, M. Havet, daba una leccion espiritual, persuasiva, en la que, al admirar la belleza del latin, proclamaba la superioridad de la literatura griega. Es, pues, un lugar comun, una verdad aceptada por las partes mas interesadas, por los que en otro tiempo escribieran el latin y por los que en el dia lo enseñan. Lo que propongo es sacar la consecuencia de estos principios, aplicarlos, introducir en nuestras costumbres lo que está en nuestras ideas, y practicar lo que ha permanecido en el estado de teoría. Conviene, pues, haceros comprender los lados realizables, prácticos, y podria añadir, necesarios, de una reforma de este género en la enseñanza.

Hay, señores, tres puntos de vista. Primero, el de la *lengua* tomada en sí misma; luego, el de la *literatura*, es decir, de las producciones del espíritu con las formas bajo las cuales se manifiestan; y en fin, el punto de vista *moral y político*, que á nuestros ojos es el mas importante.

Empiezo por la lengua.

No pido que se haga una de esas grandes reformas que agitan é inquietan á la juventud, que trastornan los estudios,

y que pueden acarrear perturbaciones profundas en la enseñanza bajo todas sus formas, tanto en la enseñanza libre como en la enseñanza del Estado.

¡No! lo que pido se limita á esto: cambiar dos palabras, dos palabras nada mas en los programas de educacion. En donde quiera que haya la palabra *latin*, se borrar  para poner en su lugar la palabra *griego*; en donde exista la palabra *griego*, se borrar  para poner en su lugar la palabra *latin*. Así el niño empieza sus estudios en un establecimiento del Estado   en un instituto particular; tiene ocho años;  qu  se le quiere enseñar? el latin. En vez del latin, ense adle el griego. Luego, cuando llega á una edad un poco mas avanzada,   los once   doce años,  qu  es lo que se le hace estudiar ademas? el griego. Ese será el momento, por el contrario, de introducir el latin. Sobreponed el estudio del griego al del latin, en vez de sobreponer el latin al griego. Esto se puede hacer sin cambio brusco. A medida que las generaciones que se trata de instruir entren al liceo, y lleguen despues   su duodécimo año, se les aplicará el nuevo programa. De manera que pido sencillamente la sustitucion del griego al latin. He aquí por qué. Es mucho mas lógico pasar ocho   diez años estudiando el griego y cuatro   cinco el latin, que estudiar diez años el latin y cinco el griego, puesto que este es infinitamente mas rico, si no es mas difícil que el latin.

Cuando haceis aprender las lenguas vivas   vuestros hijos, si empezais por un idioma mas complejo y mas difícil, por una lengua madre,  no es verdad que despues, jugando aprenden las que de ellas se derivan?  No es verdad que el niño que sabe el aleman, por ejemplo, puede aprender el inglés en unos cuantos meses, porque el inglés es mas sencillo,

porque su sintáxis es m enos complicada, porque sus raíces tienen mucha afinidad con el aleman? De suerte que las deducciones se hacen maquinalmente en el cerebro del niño, que se encuentra casi sabiendo el inglés por el solo hecho de conocer el aleman.

Lo mismo sucederá, si   la edad en que los niños tienen la mas viva percepcion de los sonidos y de las palabras, les haceis aprender primero la lengua griega, mas abundante y mas complexa, y llegais despues al latin, aprenderán este mas rápidamente, pues no es mas que una lengua hermana, subordinada en muchos respectos   la lengua griega.

Creo que mi proposicion debe pareceros racional; en cuanto á mí, estoy convencido de que la transicion del griego al latin seria tan fácil, tan fecunda en resultados rápidos, como la del aleman al inglés, y aun como la del latin al italiano. El que sabe el latin aprende el italiano en seis meses. Notad, señores, que no descarto el latin; muy al contrario, deseo que la juventud lo sepa bien, pero creo que lo aprender  mucho mejor con la fuerte preparacion y la alimentacion robusta que implica el prévio estudio del griego.

Por mas de una razon, debemos poseer la lengua latina. Ante todo, es nuestra lengua materna: la lengua francesa es hija de la lengua latina, y no debemos perder de vista el origen de nuestro idioma, sus fuentes, sus explicaciones. En seguida, es la lengua del derecho, de la administracion, de la medicina, de todas las apelaciones razonadas de la ciencia y del arte. Pero, lo repito, no solo no se sacrifica al latin, sino que encuentra un poderoso auxiliar en el conocimiento prévio de la lengua griega; y m ientras mas temprano se enseñe el griego   los niños, mas flexible estará su memoria y mas pronto lo aprenderán. Lo veis con los niños que desde la

edad de cinco años hablan el alemán tan bien como el francés. El griego no es más difícil que el alemán, por consiguiente, los niños podrían leerlo y escribirlo, si no es que hablarlo, como leen y escriben el alemán.

Hay otra razón, y es que el latín es una lengua muerta, mientras que el griego ya no lo es. El griego renace; ha sido siempre una lengua viva; se reforma, se enriquece, y antes del fin del siglo, será tal vez digno de que se le clasifique entre las lenguas literarias.

Desde hace cuarenta años, los griegos ya libres, han regenerado su lengua, que no fué, durante muchos siglos de servidumbre, sino una lengua empobrecida, mezclada con palabras turcas y albanesas, pintoresca y armoniosa, es verdad, pero reducida al estado de dialecto popular. En Atenas y en los principales centros del Oriente, ha habido, desde principios del siglo, celosos filólogos que han vuelto á encontrar, que han reformado, reconstruido su lengua moderna, purificándola por medio de una conversión hácia las antiguas formas, poniéndola en relación con el espíritu moderno, con las invenciones de nuestra industria y con todos los detalles de nuestra civilización. En el día se imprimen más de 150 periódicos ó revistas, publicaciones hebdomadarias y cotidianas escritas en griego corriente, que se asemeja mucho más al griego antiguo que á la lengua popular. El desarrollo de la literatura helénica es mayor cada día; la influencia comercial que todos los días adquieren los griegos, difunde más y más su lengua en Oriente; se habla en todas las islas del Archipiélago, en la Tracia, en Macedonia, en las costas del Asia Menor, en Alejandría y en Bucarest, en Viena y en Trieste, en Constantinopla sobre todo, futura capital de la Grecia, y en los grandes centros de comercio, como Marsella, Londres

y San Petersburgo, en donde las colonias griegas son numerosas, ricas é influyentes. En todas partes se habla la lengua griega, que tiende más y más á convertirse en lengua literaria y cuyo conocimiento puede llegar á ser, el día que la Grecia esté de nuevo floreciente, un recurso para todos los que tengan en el Levante intereses comerciales y políticos. Cierto es que una de las condiciones sería abandonar la inepta pronunciación que indebidamente lleva el nombre de Erasmo, y que asimila la pronunciación del griego con la del francés, destruyendo la fisonomía, el acento, la armonía de una lengua eminentemente musical.

Esto sentado, al hacer aprender á nuestros hijos el griego antiguo, nos encontraremos con que les hacemos aprender una lengua viva, una lengua que dentro de poco se hablará y escribirá en todo el Oriente, y á la que no faltará más que un Dante ó un Descartes, para que quede constituida y sea literaria y célebre.

Puesto que vuestros aplausos, señores, me aseguran que compartís mis ideas y que no dudáis ya de la excelencia del estudio filológico del griego, paso á la segunda parte de mi tesis, que es también fácil de demostrar. ¿Cuál sería en nuestra educación literaria la influencia de la literatura griega, aprendida desde temprano y verdaderamente analizada? ¿Cuál sería su acción en el espíritu nacional y en nuestras creaciones en el órden de la inteligencia?

Preciso es no ser ingratos; preciso es ni renegar del pasado, ni dirigirle una censura retrospectiva, que sería casi una impiedad. Es indudable que la literatura francesa es hija de la literatura latina, que de ella está profundamente imbuida y que casi constantemente por ella ha sido inspirada.

Sin hablar de la Edad media y de las sutilezas un poco con-

fusos de la escolástica, el Renacimiento, que tanto debía sin embargo á los griegos expulsados de Constantinopla, se ha convertido y conservado latino. La memoria de nuestros poetas del Renacimiento frances es enteramente latina; las ideas y las imágenes latinas penetraron hasta las fibras más delicadas de su cerebro. Inútil fué el esfuerzo intentado por Ronsard y su escuela por volver al griego; la exageracion que en esa tentativa se introdujo, el pedantismo, el estudio de las palabras sustituyendo al de las ideas, paralizaron la famosa pléyade. Nuestro Renacimiento es, pues, tan latino como galo por el conjunto de su inspiracion.

Basta también recordar lo mucho que se adhiere la literatura del siglo de Luis XIV á la literatura del siglo de Augusto. En ella se notan algunos espíritus ávidos de una luz más pura, como Racine, que leen una que otra novela griega, y esto á hurtadillas de sus maestros, ó que consultan alguna tragedia de Eurípides. Se encuentran espíritus delicados y predestinados al aticismo, como Fenelon, pero son excepciones, y el siglo de Luis XIV estuvo tan cerca de la literatura latina como léjos de la literatura griega.

Las reminiscencias, los plagios, se ven en aquella literatura á cada instante, y sabeis también lo mucho que copiaron los poetas del siglo XVIII á Propercio, á Tibulo, á Ovidio, á todos los insípidos doctores en el arte de amar. Pero precisamente porque esa influencia fué manifiesta y duradera en tantos grandes y hermosos espíritus, es por lo que las fuentes se han agotado de una manera absoluta. Hemos sacado de la literatura latina todo cuanto de ella podíamos sacar, como imitacion directa y como inspiracion indirecta. Tan cierto es esto, que al principio de este siglo, despues de las conmociones militares, de los trastornos civiles que inflamaron

y regeneraron los espíritus, habíamos llegado á un verdadero cansancio, á una especie de disgusto ante las imitaciones de la antigüedad latina. Por eso habeis visto á naturalezas ardientes, á hombres de talento incontestable, desviarse de un terreno agotado para ir á pedir modelos á las literaturas extrangeras, tomar por maestros á Goethe ó Shakespeare, y propagar en Francia lo que entónces se llamaba el romanticismo.

Pues esa necesidad de rejuvenecernos, de que no siempre hemos tenido conciencia y cuya manifestacion es el romanticismo, esa necesidad habria encontrado su más pura, su más abundante satisfaccion en la antigüedad griega, si hubiéramos hecho lo que hicieron los latinos, si hubiéramos recurrido á ella para vigorizarnos.

Los autores griegos, en efecto, ofrecen á las inteligencias manantiales incomparables en toda clase de ideas. Los romanos así lo habian perfectamente comprendido. Apénas llegaban á la adolescencia los hijos de las nobles familias, apénas dejaban la túnica pretesta y la bola de oro, cuando partian para Grecia, á concluir ahí su educacion; y no solo los hijos de los senadores ó de los caballeros, sino hasta hijos de libertos, como Horacio. ¿Y por qué iban á Grecia, á aquella Grecia que no tenia ya más que sofistas, retóricos y filósofos degenerados? Porque ahí habia todavía un soplo superior, y una abundancia de modelos de que ni idea podian tener en el suelo latino.

¿Y no es lo mismo, señores, tratándose de nosotros? Estoy seguro de que, como hijos de los latinos sacariamos gran provecho, si tuviéramos valor de imponernos desde la infancia, la asimilacion de la lengua y de la literatura griegas, cosa que no puede tener efecto en una edad más avanzada. Cuan-

do se llega al quicio de la vida libre, de las luchas y de los placeres del mundo, no hay ya tiempo de sujetarse á los estudios tranquilos y vigorosos que nos hacen penetrar en el corazón de una literatura. Se necesita una edad mas tierna, una memoria que la menor imágen impresione y encante, que posea todavía la frescura, la inocente sensibilidad en que deja huella todo lo bello: es preciso el primer despertar del espíritu, que se verifica al mismo tiempo que el de los sentidos, y cuyo recuerdo ha perdido cada uno de nosotros, pero del que hallaría una idea vaga, si bajara hasta el fondo de su corazón, y de los sueños indecisos de sus primeros y juveniles años.

Abrid, pues, á esas inteligencias, los radios horizontes, la luz tan pura y tan libre de la inteligencia griega, y abriéis al mismo tiempo á la inspiración moderna el manantial que buscamos y que en vano ha pedido el romanticismo á diferentes razas, que no tenían los magníficos modelos, los tipos para siempre inimitables que la Grecia ha creado y vuelto inmortales. Si queréis obrar sobre las almas, ponedlas en contacto, desde la infancia, con el génio griego para que forme poetas, grandes prosadores, oradores, moralistas, filósofos, pensadores políticos, bienhechores de la humanidad, en una palabra, hombres superiores en las mas elevadas órdenes de ideas. Antes de la adolescencia es cuando es necesario comenzar á despertar las imaginaciones, á poblar la memoria, á abrir los corazones con las claridades serenas de la bella literatura griega; en una edad mas avanzada, ya es demasiado tarde.

Puédese comparar la permanencia prolongada que quisiera conseguir para la juventud en medio de las obras griegas, á la que mas de uno de nosotros ha podido hacer en medio

de las ruinas, de los sitios, de las bellezas pintorescas del suelo griego. Ciertamente el país ha decaído mucho de su pasado esplendor, y sin embargo, ¿quién lo ha recorrido sin sentir un encanto que jamas podrá olvidar? Cierto es que cuando se hace el viaje de Grecia un poco tarde, ya en el dintel de la edad madura ó de la vejez, se experimentan goces singulares; pero tiene mas parte en esos goces el raciocinio que la imaginación, el impulso involuntario y la impresión irreflexiva.

Si, al contrario, vais á los 30 años á Aténas, á Tesalia, á la Asia Menor, al Peloponeso, á las islas, á todos esos países benditos, cuyos nombres balbuceáis desde la infancia, entonces se produce una especie de iniciación y de embriaguez que os hace capaces de sensaciones mucho mas profundas. En esa edad, sobre todo, el solo nombre del Pentélico ó del Hymeto, solo la vista del Parnaso ó del Helicon, hacen latir el corazón y entrever un mundo de aspiraciones pósticas y de deliciosas sensaciones. A esa edad no se puede recorrer el mar sin comparar sus olas á innumerables sonrisas, sin saludar con piadosa emoción cada una de las Cíclades colocadas al derredor de Delos como al derredor de una reina, sin ver jugar tras del azul, á Vénus y á las Nereidas, sin que evoque un recuerdo ó un sueño cada ola acariciada é impelida por la brisa. En esa edad se dejan pasar dias enteros, sin conciencia de ello, en las rocas del Acrópolo de Aténas escuchando el murmullo del pasado que melodiosamente resuena en vuestro oído con el zumbido de la abeja, el canto de las cigarras en el bosque de olivos y los ecos lejanos de la llanura; deslumbrado con el brillo de los mármoles dorados por un sol de veinte siglos, deslumbrado sobre todo con la belleza y perfección que irradian del medio de las ruinas